

## *La tía Mame, la novela para no parar de reír*

por Pietro Citati

Cuando *La tía Mame* de Patrick Dennis se publicó, en 1955, en los Estados Unidos vendió dos millones de ejemplares (hoy habrían sido por lo menos cinco), y permaneció durante ciento doce semanas en las listas de los libros más vendidos. Sólo cabe desear que un éxito similar bendiga a la edición italiana de Adelphi.

*La tía Mame* encanta, seduce, divierte tanto a los lectores cultos como a la gran masa de los llamados lectores corrientes. Desde hacía años no me reía tanto, Patrick Dennis elimina (o parece eliminar) todo cuanto es pensamiento, sentimiento, dolor; y se entrega a una grandiosa exaltación y glorificación de lo cómico, como si nada más existiese en la vida. Casi siempre los libros que hacen reír son hermosos: porque la risa es una de las máximas divinidades de la existencia y de la literatura. Aquí están presentes casi todas las formas de lo cómico: lo rabelesiano, lo dickensiano, la farsa, el vodevil, las películas con pastel lanzado a la cara, aunque la dickensiana es con mucho la preponderante. Unas veces *La tía Mame* es un pastel de mazapán, relleno de mermeladas al licor: un pastel muy pesado, que de repente salta por los aires y vuela raudo y sin peso. Otras veces es una tímida risita: la risa parece avergonzarse de sí misma, para luego desencadenarse, violar todos los límites y dejarnos exhaustos y con los ojos bañados en lágrimas.

A Patrick Dennis le gusta muchísimo la cháchara de sus personajes: los diálogos disparatados, que no se terminan nunca; los pasajes en los que la lengua es más chispeante, viva y absurda. «Las grandes parrafadas son para él —decía Chesterton de Dickens— como grandes tragos de vino, estimulantes y refrescantes». Cuando cuenta, sigue hablando: piensa que el relato es una forma superior de conversación, y trata de comunicarnos la inspiración de la palabra hablada, su divagar errático, sus extravíos, sus olvidos, sus estallidos. Aunque no lo diga nunca a las claras, de lo que trata es de persuadir a sus lectores de que la vida es algo infinitamente alegre, feliz y festivo. Sabe muy bien que es una mentira, pues sólo muy raramente una vida es feliz, y no lo fue ciertamente para él, pues acabó en un hospital psiquiátrico. Pero a lo largo de todo el libro, perseveró heroicamente en su mentira, sabiendo provocar todo tipo de risas.

Hasta hoy, sin duda por culpa mía, no había oído hablar nunca de Patrick Dennis. En realidad, tenía un nombre mucho más pomposo. Edward Everett Tanner III, que lo hacía asemejarse a un emperador del Sacro Imperio Romano. Él lo redujo y aligeró. No era

lo que se llama un escritor profesional: no pertenecía a ese cortejo de genios que desde Homero lleva hasta Proust y Kafka. Era una de esas figuras pintorescas, tan frecuentes en los Estados Unidos, que viven simultáneamente en el mundo de la edición, del teatro, del periodismo, de la literatura y del cine, y que no parecen preocupados más que por ganar dinero. Sólo que para él, hacer dinero, era algo sumamente serio e importante, y ponía en ello su gran talento y su cultura.

Después de haber combatido en Italia en la Segunda Guerra Mundial, Patrick Dennis entró a trabajar en una agencia literaria, donde hacía informes de lectura. Trabajó para una pequeña editorial. Escribió, como “negro”, novelas y recopilaciones de anécdotas. Preparó artículos muy serios para una revista no menos seria como *Foreign Affairs*, y un libro sobre las estratagemas del comunismo. Cuando escribió *La tía Mame*, el libro fue rechazado por diecinueve editores, que lo juzgaron invendible, y que debieron de arrepentirse amargamente cuando permaneció más de dos años en la lista de los *best-sellers*. Adaptado como comedia, e interpretado en Broadway por Rosalind Russell, *La tía Mame* fue un enorme éxito de taquilla. Luego Dennis escribió la autobiografía de una diva del género burlesco, del cine mudo, de Broadway y de Hollywood con el título de *Belle Poitrine*, y también *Genius*, en donde se hacía una burla de las películas demasiado cultas. Intento suicidarse: fue llevado urgentemente a un hospital psiquiátrico; se autodenominó *Psychopatricks*, se trasladó a Ciudad de México, gestionó una galería de arte, y finalmente hizo de mayordomo, sin duda exquisito y expertísimo, con el nombre de Edward Tanner. ¡Cuánto me hubiera gustado verlo!

*La tía Mame* tiene como telón de fondo el final de los años veinte: ese período alocado y legendario, que Dennis evoca con gran fidelidad y precisión. Todos, a la sazón, eran (o parecían) ricos: todo era ostentada y desmesurada riqueza; pero este exceso de vida y de objetos toma en el libro la forma de una graciosa y fútil ligereza. Era precisamente el mundo de Tía Mame, que se nutrió de él. Una vez tía Mame se nos aparece como una señora de ojos resplandecientes, envuelta en una mantilla española, y con una rosa tras la oreja; otras veces, como una muñeca japonesa, con el pelo muy corto, el flequillo levantado lamiéndole el marcado arco supraciliar, con un traje de seda bordado en oro, zapatillas doradas, unas uñas larguísimas cubiertas de un delicado esmalte verde agua; otras veces luce un traje escarlata y lleva las muñecas envueltas en espirales de brazaletes; otras adopta la apariencia de una romántica señora sureña, vestida con organdí y volantes, crinolina y orquídeas. Se pasa el día en una vorágine de compras, distracciones, fiestas en casa y fuera

de ella, adecuadas a la rutilante moda de la época; siempre en el teatro, en particular en los teatros experimentales, o en cenas dadas por señores muy *à la page*, o en galerías de estatuas y cuadros casi incomprensibles.

Tía Mame es seductora. Desde el comienzo hasta el final del libro, seduce al autor, que a ratos se confunde con ella, a las criadas negras e irlandesas, a los niños, a los viejos, a los americanos del Norte y del Sur, a los extranjeros y, naturalmente, seducirá a todos los lectores. Nadie se resiste a su fascinación. Apenas la ven, todos caen a sus pies como una víctima indefensa, y harían cualquier sacrificio por ella. Es polimorfa. Representa con la máxima inspiración todos los papeles posibles, excepto el de mujer virtuosa. No para nunca quieta: se agita, se mueve; casi siempre está alegre y risueña; pero, si llora, a uno le resulta inconcebible que un cuerpo humano pueda tener capacidad para tantas lágrimas. Adora a los otros seres humanos: y está siempre dispuesta a abandonar su propia vida para implicarse en la ajena. Como Patrick Dennis, charla por los codos, de forma insaciable. Personifica el papel de la víctima inocente, mejor que el de la inocente brutalizada, mientras maquina a escondidas las más crueles maldades. Nadie diría que es cándida o ingenua: y sin embargo lo es; y precisamente este candor y una generosidad conmovedora la ligan para siempre a todos aquellos que conoce.

Cuando estalló la gran crisis de 1929-1930, Tía Mame no había hecho nunca nada, salvo trabajar como bailarina de fila en una nueva adaptación de la revista *Chu Chin Chow*. Con la crisis lo perdió todo. De buena o mala gana, tuvo que *trabajar* (cosa terrible) y lo hizo con el espíritu, los éxitos y las catástrofes de Edward Everett Tanner III. Fue aceptada en *Vanity Fair*; se convirtió en lectora de un editor; se ocupó de decoración de interiores de estilo rococó; pasó a ser una ferviente defensora de la Bauhaus; puso una tienda, «dedicada a todo lo que es valiente, experimental, electrizante, nuevo, moderno»; trabajó como vendedora de ropa; abrió un local de lo más exclusivo, con un chef francés, una orquesta inglesa, un portero irlandés, un *maître* italiano y una bailarina española; vendió a domicilio ollas de aluminio; entró a trabajar de secretaria para un vendedor de cordonería: escribió una tragedia griega en treinta escenas, con un coro de doscientas voces; vendió patines en la sección de juguetes de unos grandes almacenes. Por último, se casó con un apuesto caballero del Sur, Beauregard Jackson Pickett Burmside, que descendía de cuatro generales sudistas, y poseía petróleo en Texas, azúcar en Cuba, muchísimas acciones en Nueva York y minas en Canadá.

Para gran alegría de sus lectores, las aventuras de Tía Mame no acaban aquí. No me atrevería jamás a contarlas todas. La vemos por última vez vestida de princesa india, con un

sari muy elaborado, el pelo color azul violeta, mucho *kohl* en torno a los ojos, y un signo de casta en la frente. No sabemos qué hará: quizá se encarne en otras tías Mame, imaginadas por otros escritores. Ciertamente no morirá jamás, inmortal como Sherezade: mientras que Edward Everett Tanner III, o sea Patrick Dennis, había muerto en 1976, con tan sólo cincuenta y seis años, «mientras conversaba».

*La Repubblica*, 17 de junio de 2009

